

Desde la Torre

9/04/2024

4

El mercado ha convertido al hombre libre, que poseía los medios suficientes para cubrir sus necesidades vitales, en un individuo pobre y esclavo. Esta es la premisa que articula el pensamiento socialista. Al menos, aquél que se considera a sí mismo socialista —que difiere enormemente del socialdemócrata— cree que esta premisa es potencialmente verdadera.

Cuando pensamos en el hombre que se encuentra en el estado de naturaleza, nos viene la idea de un ser humano que vivía por y para sí mismo, en un entorno natural que le suministraba los recursos suficientes para poder darse cobijo, abrigo y alimento. Este hombre no conocía ni la miseria ni la pobreza, a lo sumo podría conocer la escasez, pero esta, a diferencia de la pobreza, sería sustituida por periodos de abundancia. Fue en el momento en que se introdujo la propiedad y la mercancía llamada “dinero”, que el hombre pasó de la producción para la subsistencia a la subsistencia para la producción. El individuo se transformó en medio de sus medios. De alguna manera, la fuerza que empleaba un hombre para sí mismo la emplea ahora para otros que, haciendo uso de su propia fuerza, la pondrán al servicio de otros, contribuyendo a una espiral enfermiza que lo aliena y le arrebatara su voluntad de vivir humana y racionalmente para sustituirla por un deseo miserable de supervivencia.

La acumulación de dinero llevó a que un reducido número de personas —las más ricas— inventaran toda una serie de necesidades artificiales que serían satisfechas por unas mercancías a las que denominamos con el nombre de “lujos”. Fue así como el hombre libre pasó de fabricar y construir su refugio y sus abrigos a fabricar y construir las casas y abrigos sofisticados de unos pocos, los mismos que, por cierto, venden los productos que mantienen vivos a estos antiguos libertarios que devinieron en proletarios.

Una mirada a la realidad a través de la tenue luz de estos argumentos podría, con cierto esfuerzo, persuadirnos de su veracidad, y no ha habido pocos hombres que han sido capaces de ver aquello que sostenían estas mismas razones. Pero como la filosofía es la búsqueda de certeza, no cometemos injusticia alguna si, en vez de asentir dogmáticamente, buscamos, como amantes de la verdad, un conjunto de razones encadenadas que puedan chocar frontalmente —a una razón otra razón igual se contraponen¹— con la cadena de razones anteriores, pues solo así estaremos en

¹ παντὶ λόγῳ λόγος ἴσος ἀντίκειται. SEXTO EMPÍRICO, *Hipótiposis Pirrónicas*, trad. de Rafael Sartorio, Akal, Madrid, 1996, p. 87.

condiciones de quedarnos con lo dicho si resulta que no encontramos una contradicción a lo que sosteníamos, o, si es el caso que la encontramos, despedirnos, con esa extraña sensación de alegre tristeza que nace cuando dejamos a un viejo amigo, de nuestros supuestos injustificados.